

Aquello era, a fe mía cosa de nunca acabar. Quien una vez bebió, beberá, y el que a hierro mata, ¿no es verdad, Dios mío, que a hierro muere, según se dice? Con moles, rimeros, olas, de reconciliaciones sinceras, pues, siempre volvíamos a las andadas. Tal un juego de pelota —de *foot-ball*, porque aquella rayaba a veces hasta en el pataleo—. Y aquello duró así balanceado, compensado, para hablar más “equipalmente”, hasta el final del sitio de París. Paso por alto los heroísmos de aquellos meses, más bien desagradables y ferozmente acatarrados, hasta los reumas futuros... y presentes. Luego, unas

bronquitis, gracias a las cuales pude dejar "las armas" y volverme a la vida privada, que en lo sucesivo había de ser una suerte de infierno intermitente, del cual sólo me sacó, por medios extraños, según veréis, y por un espacio de tiempo demasiado corto, ¡la Commune con sus horrores supremos!

Yo me había quedado en París después del 18 de marzo. En primer término, tenía mi trabajo precisamente en el local, sede de la insurrección triunfante; luego, mi madre, que estaba enferma en aquellos momentos, seguía viviendo en la calle Lecluse, y además disponíamos mi mujer y yo de nuestro lindo pisito del muelle, con un balcón que nos era medianero con el de la señora de Clement, la esposa del entonces ya célebre ex comisario imperial en las Delegaciones judiciales, que a la sazón se hallaba en el extranjero, y, en fin y principalmente, porque el movimiento me agradaba y me parecía un desquite sobre la veleidad de la gente del Cuatro de Setiembre y tenía amigos entre los recién llegados. Raúl Rigault, por ejemplo, mi compañero de estudios por espacio de años en la Pensión L..., Julio Andrieu, mi colega de hacía poco en el Ayuntamiento, y otros subordinados; y tampoco esa consideración era la predominante en mis motivos políticos, no; desde el primer instante había yo comprendido —tal creía— y en todo ca-

so simpatizado mucho con aquella revolución, a la vez pacífica y terriblemente conforme al tan verdadero *si vis pacem para bellum*; con aquel manifiesto anónimo a fuerza de nombres oscuros y voluntariamente modestos; bajo el sencillo rótulo del Comité Central, que según caracterizaban su marcha desde el principio unos versos míos de los que sólo el primero conservo en la memoria.

Sin declamación y sin logomaquia

había planteado lisa y llanamente, con aplomo y francamente y bien, la cuestión política interior e indicado con un trazo perfecto el futuro problema social para resolverse *illico*, aunque fuera por medio de las armas... Desde entonces habíanse estropeado las cosas. Frente al Gobierno absoluto de Versalles y las estrategias a lo Cavaignac, puestas por obra por los Thiers de las calles de Transnonnain y Poitiers, había venido a sustituir a la hermosa evolución popular, quizá la única evolución popular, "inteligente", de toda la Revolución francesa, la reconstitución, histórica hasta el plagio, de una imposible Commune de París, charlatana, regañona, doctrinaria hasta más no poder. Pero, a pesar de todo, la palabra mágica entonces para todo espíritu penetrado de hebertismo pintoresco, había-

me seducido de igual modo que me convenciera la tan clara y manifiesta expansión del 18 de marzo.

Tanto que, al llegar el fin lamentable, no me sentí del todo bien. A decir verdad, después de haber conservado mi humilde empleo de escribiente en la Ordenación de Pagos, había aceptado yo la sinecura, a falta de todo ordenamiento posible en una administración como aquélla, que sucedía a más de seis meses de una administración casi "tan peor", la sinecura, o, como quien dice, el "honorariato" de la función de "jefe del Negociado de la Prensa", cuyo titular, condenado después de firme por los consejos de guerra, existía, "absolutamente", en el referido ex Ministerio del Interior. Yo continuaba en mi sitio de antaño, donde había lugar para dos y escrito en la puerta de cristales empañados desde tiempos inmemoriales: *Prohibida la entrada al público.*

Mis ocupaciones consistían en repasar los periódicos, señalando los artículos favorables u hostiles a la *Commune*. Ayudábame en ese trabajo, poco recio, un hombre ya cincuentón, que luego he tenido mis razones para creer que era un espía disfrazado de comunero harto fanático que recortaba y pegaba en grandes hojas de papel "vergé" los párrafos incriminados, surcados previamente por mí con trazos de lápiz ro-

jo y azul y unidos entre sí por vigorosos comentarios a mi modo. A las cuatro iba yo a llevar la "obra" al despacho del funcionario competente. ¿Qué fué de aquellos informes? No sé nada, pues en el incendio posterior del Ayuntamiento desaparecieron totalmente todos los experientes administrativos, y entre ellos los míos, amén de muchas cosas en verso y prosa, cuya pérdida no me causa tanto dolor como reproches me hago por el papel tan sandio que hice allí durante esos dos meses de ilusiones, verdaderamente generosas, que no lamento, después de todo, haber tenido.

Así que estaba yo bastante inquieto por el porvenir inminente cuando al otro día de una noche de aquel final de mayo en que había yo, ¡oh qué espectáculo de espantosa grotesquez!, asistido a una reunión pública en la iglesia de San Dionisio del Santo Sacramento, hubo de despertarme la voz de mi mujer que soñaba alto. Decía: "Ya están ahí. ¡Oh, las cochinas moscas! ¡Cuántas hay, Dios mío, cuántas hay! ¡Pronto, Pablo, vámonos de aquí!..." Luego despertóse sin acordarse ya, como suele suceder, de su pesadilla, que yo le referí, y de la que ambos concluimos por reírnos. Después llamé a la criada para que nos trajera el chocolate como todas las mañanas. La sandia criatura, una pardilla, como yo decía, comparándola con la criada que

tenían mis padres políticos, y que era una gansa, antes siquiera de haber dejado las dos jícaras y las dos ensaimadas en nuestras sendas mesitas de noche —¿dije que nuestra cama era de “centro”, según nuestro antiguo proyecto, ligeramente mejorado? (¿en favor mío?)—, exclamó con palabras entrecortadas: “¡Han entrado ya, señorita; están en la Puerta Maillot!”

Y era cierto, según pude yo comprobar luego al advertir las humaredas de las granadas, que estallaban con una fuerza enorme sobre el Arco de Triunfo, y aun más allá, en plenos Campos Elíseos.

Carreras de gente por las calles, toques de llamada por todas partes. Nuestra Señora tocando a rebato corroboraron bien pronto aquella brusca noticia.

—Pablo, ¿me permites que vaya a Montmartre? —Mis padres políticos, con su eterno instinto a la inversa del peligro que hubiera que evitar, habíanse vuelto a instalar en su domicilio de la calle de Nicolet—. ¡Volveré en seguida!

—Bueno, ve —respondió yo, añadiendo de bastante mal humor y sin haberle dado siquiera un beso, si no recuerdo mal— ¡Y sobre todo, vuelve con noticias!

Yo me quedé en casa, animado quizá de intenciones respecto a la criada, que era bonita, y que empezaba a tener tanto miedo que pare-

C O N F E S I O N E S

cía no desear otra cosa, en cuanto se quedó sola conmigo, sino que yo la tranquilizara...